

SEGUNDA REFLEXIÓN 2019

P. Marcelo Coppetti, SJ

El evangelio del domingo pasado (Lc 12,13-21) y el del próximo (Lc 12,32-48) nos dan una muy buena oportunidad para reflexionar en torno al uso que hacemos de los bienes que tenemos. El texto del domingo pasado es una parábola dura, porque nos hace ser conscientes de nuestra finitud, y de que nunca sabremos cuándo llegará el final de nuestra vida. ¿Para qué acumular, entonces, las riquezas? ¿Para qué construir grandes graneros, dice la parábola, para guardar allí lo que no seremos capaces de consumir? ¿Para qué seguir atesorando cosas que, en definitiva, serán otros quienes las disfruten porque nosotros ya no estaremos aquí para poder hacerlo?

Son preguntas fuertes, que nos pueden llevar a preguntarnos, entonces, para qué hacemos lo que hacemos. Por qué tanto esfuerzo y tanta dedicación por lograr cosas que, en muchos, exceden en sus resultados lo que cada uno de nosotros, estrictamente hablando, necesita para vivir.

El evangelio del domingo se complementaba muy bien con la carta de San Pablo a los cristianos de Colosas (Col 3,1-5.9-11), donde el apóstol invitaba a los creyentes a “aspirar a los bienes del cielo, no a los de la tierra” ¿Qué quiere decir San Pablo con esto? ¿Se trata de abandonar lo que hacemos y dedicarnos, únicamente, a la contemplación? Claramente, no!

Aspirar a los bienes del cielo es aspirar a la libertad, a la justicia, a la igualdad, a la fraternidad, a la solidaridad,... a todo aquello que le da plenitud a nuestra humanidad y que, por lo mismo, nos acerca más a Dios.

El cristiano está llamado a ser una persona comprometida con su realidad. No podemos “escapar” de nuestra responsabilidad de construir un mundo más justo, más humano, donde se cuide y se respete la dignidad del hombre en tanto que, para nosotros, imagen y semejanza de Dios o, también en palabras del apóstol, templo habitado por el Espíritu de Dios.

Aspirar a los bienes del cielo es comprometerse con la suerte de todo ser humano y ser generadores de oportunidades para que todos puedan vivir su vida con igual dignidad, asegurando que todos puedan tener acceso a una buena educación, a un trabajo digno, a servicios de salud iguales para todos, etc.

Todos somos conscientes que, como sociedad, estamos lejos de poder asegurar todo esto.

La actividad empresarial tiene un enorme desafío. Una empresa exitosa, creo yo, es aquella que es capaz de contribuir en algo a esto que venimos diciendo. Debe ser generadora de riqueza y, por lo tanto, de oportunidades. Debe contribuir a la distribución de esa riqueza que genera, para que sean cada vez más los que se beneficien de ella.

La Doctrina Social de la Iglesia nos habla del destino universal de los bienes. Nos dice que aquello que poseemos, nos ha sido dado para que lo utilicemos para bien del conjunto de la sociedad y no en beneficio propio, exclusivamente. El empresario cristiano, entonces, es aquel que busca, de una forma o de otra, generar condiciones de desarrollo para sí mismo y para los demás. Que tiene presente, en todo momento, no sólo su bienestar, el de su familia o el de las personas de su entorno, sino, también, de todos aquellos que de alguna manera están vinculados a su actividad empresarial.

Entrar en esta lógica, la del Evangelio, es romper con la lógica de este mundo en el que vivimos. Es pensar nuestras relaciones humanas desde otro lugar, y es pensar cada una de las actividades que realizamos, en este caso la actividad empresarial, teniendo siempre presente a otros, los que tenemos más cerca y los que tenemos más lejos, pensando cómo impacta en ellos lo que nosotros hacemos.

Creo que ACDE es una oportunidad para quienes la integran de entrar en esta dinámica. Llevar adelante la actividad empresarial desde esta lógica es, además, de beneficioso para todos, rentable económicamente. Hoy, ser una empresa éticamente responsable, comprometida con la comunidad y con el medio ambiente, es visto como algo bueno, que genera “simpatía” y adhesión.

¿Debemos hacerlo por eso? Claro que no! Si lo hacemos, es porque estamos convencidos de nuestra responsabilidad y de la necesidad de construir juntos un mundo mejor para nosotros y para las generaciones venideras.

Hoy el tema ecológico ocupa un lugar muy importante en la agenda de cualquier país que se precie y, debería ocuparlo, también, en la de toda empresa que apueste a los valores a los que nosotros apostamos. Pero la ecología, no debemos olvidar nunca, empieza por la preocupación por el ser humano, por las personas con las que trabajamos, también aquellas a quienes vendemos lo que producimos y compramos lo que necesitamos, etc. En definitiva, la preocupación por toda persona, sea más cercana o más lejana.

El ser humano, todo ser humano, ha de ser siempre el centro de nuestra preocupación, como nos enseña, también, el Magisterio Social de la Iglesia. Si perdemos de vista esto, pierde sentido cualquier cosa que hagamos, aunque nos reporte muchos beneficios y nos sintamos contentos de los resultados que obtengamos.